

## ▣ EFICACIA DE LA PALABRA DE DIOS

El Concilio Vaticano II destacó la importancia de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia y particularmente en la liturgia. Así, la Constitución dogmática *Dei Verbum* nos indicaba cómo «la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del cuerpo de Cristo, sobre todo en la sagrada liturgia» (núm. 21) Y, como consecuencia, se configuraron los sacramentos marcando dos partes en su celebración: la primera, dedicada a la Palabra de Dios, y la segunda, dedicada al rito sacramental. Concretamente en la Eucaristía se nos hablará de la mesa de la Palabra y de la mesa del cuerpo de Cristo (cf. OCMR 28).

Se reconocía de este modo el valor de la Palabra de Dios, cuya eficacia y fecundidad ha estado siempre presente en el pueblo de la antigua alianza, como vemos en la primera lectura de hoy, tomada del profeta Isaías. «La palabra que sale de mi boca –dirá Dios– no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo».

Es esta una ocasión propicia para transmitir a los fieles la importancia de los textos inspirados, para mostrarles el lugar que deberían ocupar en sus vidas, para invitarles a leer la Biblia y dejarse penetrar por su mensaje.

## ▣ JESÚS HABLABA EN PARÁBOLAS

Comenzamos hoy la lectura del capítulo 13 del evangelio según san Mateo, donde encontramos siete parábolas.

Jesús hablaba en parábolas a las gentes de Israel. Es un recurso literario muy sugerente ya que, con imágenes populares tomadas de la vida, explica con profundidad el mensaje divino. Las parábolas ayudaban a entender la realidad del reino de Dios a todos aquellos que seguían a Jesús.

También son válidas para nosotros, aunque algunas de ellas precisen una adaptación en la homilía porque los ejemplos utilizados no se adaptan a las circunstancias de la vida de los cristianos del siglo XXI.

## ▣ LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

Hoy escuchamos la parábola del sembrador, la más larga de todas las parábolas que encontramos en el evangelio de Mateo. El pasaje bíblico

consta de tres partes: la parábola en sí (vv. 1-9), una explicación de por qué Jesús habla en parábolas (vv. 10-17) y la interpretación de la propia parábola (vv. 18-23). La liturgia ofrece la posibilidad de omitir estas dos últimas partes, quedando solamente la narración de la parábola, no obstante, vale la pena leer el texto completo.

«Salió el sembrador a sembrar...». Jesús compara la actuación de Dios con un sembrador. El sembrador, más allá de la calidad de la tierra, más allá de que haya o no lluvia, más allá de las circunstancias externas, echa la semilla. Igualmente, Dios actúa siempre, independientemente de nosotros, del entorno, etc. Dios nos ofrece su Palabra, Dios nos ofrece su amistad, Dios nos da su vida.

«Un poco cayó... otro poco cayó... el resto cayó... dio grano». El fruto que da la «semilla» depende de nosotros: de nuestra actitud para acoger, de nuestra disposición para dejarle a Dios actuar, de nuestras distracciones o reticencias. Cada uno sabrá cuáles son los «pájaros», las «piedras», las «zarzas» o el «Maligno» que impiden que germine en nosotros la «semilla sembrada». Y cada uno sabrá cómo debe hacer para convertirse en tierra fértil y proporcionar el agua necesaria para que produzca su fruto. De modo que se haga realidad la repuesta del salmo responsorial: «La semilla cayó en tierra buena y dio fruto».

## ▣ EN CAMINO A LA GLORIFICACIÓN

La implantación del reino de Dios es un proceso. Un proceso en nosotros mismos y un proceso en la creación entera.

Desde el bautismo hasta que llegemos al reino celestial intentamos crecer continuamente en santidad, como pedimos en la oración sobre las ofrendas. Por medio de la Palabra de Dios que alimenta nuestro espíritu y de la Eucaristía que nos alimenta en nuestra vida cristiana, se acrecienta en nosotros el fruto de la salvación, como deseamos en la oración después de la comunión.

Y toda la creación será liberada de la esclavitud del pecado, de la coruptibilidad. El proceso iniciado con la resurrección de Jesucristo, va avanzando en gestación hasta que llegue el día del parto. San Pablo, en la segunda lectura, nos lo recuerda: «La creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto». Llegará el día en que todo será glorificado, pero mientras tanto, tenemos las primicias del Espíritu mientras aguardamos «la hora de ser hijos de Dios», la redención completa.

JOSÉ ANTONIO GOÑI